

Mala Legua

Eusebio Manguera

Índice

Un Último Baile	1
Cojo	2
Avispa	3

Mala hierba nunca muere
Mala hiedra nunca hiera
Mala madre nunca tiene
Mala lengua

Un Último Baile

*Loca, loca, loca, te volviste loca y disparaste frente a mí
Que te habías enamorado hace unos años sin decirme nada
Entonces la emoción, confirma el sentimiento...*

La música volvía a sonar en el salón. La mezcla de bronces, cuerdas y percusión de la cumbia chorreaba desde el tocadiscos y se escurría y se estiraba hasta ocupar cada rincón del hogar. Había algo de grotesco en todo esto, sonido intentaba fútilmente darle vida a un hogar que ya llevaba varios años desierto. En medio del salón se encontraban bailando la misma canción que décadas atrás les servía de excusa para enamorarse. Él bailaba de memoria con un ritmo mecánico, pero fluido, aprendido con los años. Ella lo seguía con una agilidad inigualable, parecía flotar al girar abrazada del viejo.

–Este será mi último baile, B2 –le dijo al oído, mientras giraban abrazados en medio del salón.

A1 A2 entró por la puerta trasera de la casa, la que daba al patio desde la cocina. Era una casa de proporciones desmedidas, construida pensando albergar toda la descendencia que el matrimonio deseaba tener. Lo cierto es que hoy el gran elefante blanco es únicamente habitado por la vieja pareja y, mientras él pasa el día trabajando en el patio, ella permanece inmóvil en un sillón en el salón principal.

Se quitó las botas cubiertas de un barro espeso y viscoso, y guardó la pala y demás herramientas en un pequeño armario de la cocina. A pesar de su escuálida contextura, todavía mantenía el jardín con el mismo entusiasmo de siempre. Hoy, sin embargo, (arreglar) el paleo lo había dejado exhausto, pero logró llevar a cabo el extenuante trabajo. Con sus callosas manos alcanzó la botella de ron, sirvió dos vasos con hielo y con uno en cada mano siguió un leve rastro de tierra que llevaba al sillón donde reposaba B2.

Ella miraba el patio mantenido con tanto cuidado por el viejo. El coloridas flores contrastaban con su gastado cuerpo, el que décadas antes gozaba de bella juventud y hoy se hallaba completamente consumido por los años. Sobre su piel llevaba puesta una fina capa de polvo que le daba un aspecto de antigua reliquia. A A1 le daba la impresión de que tan solo una brisa bastaría para convertirla finalmente en polvo. Sin embargo, ella seguía allí, firme en el sillón, con la vista nostálgica y fija en el jardín, como si allí, entre flores, tierra y humedad, perteneciera ella.

Al verla, el viejo recordó esa mirada de ojos iluminados con los que ella lo buscaba en el baile. Esa noche el salón vestía las más delicadas decoraciones y las velas lo iluminaban con una calidez que nunca más se sintió en el lugar. (...)

Ya terminaba de beber lo último que le quedaba de ron cuando de reojo se percató del vaso intacto. –¿No vas a probarlo siquiera?–le preguntó con picardía. La vieja, inmutable, seguía mirando el patio a través del ventanal. Él conocía muy bien esa indiferencia, la misma con la que hace 63 años ella aceptó su invitación a bailar. Caminó entonces hacia el mueble donde guardaba en una pila de vinilos y cassettes esas canciones que definieron sus años mozos, buscaba esa canción, la del primer baile. Como pudo, tomó con temblorosas manos el vinilo y sacudiéndole el polvo se acercó al tocadiscos.

La tomó del brazo y la trajo hacia sí, y a la vieja no le quedó otra que levantarse y apoyarse sobre el cuerpo de A1. Él se aferró a ella con la delicadeza de una mariposa, con cuidado de no llegar a quebrar el frágil cuerpo de su amada. Quedaron inmersos en ese abrazo hasta que los bronces comenzaron a entonar la melodía.

–Este será mi último baile, B2–alcanzó a decir antes de que el cansancio finalmente lo consumiera y cayera fatalmente al piso, donde lo encontraron a la mañana siguiente, abrazando aún el putrefacto cadáver de su difunta esposa.

Cojo

*Cierro mis ojos para que tú no sientas ningún miedo
Cierro mis ojos para escuchar tu voz diciendo «amor»...*

...

Avispa

*También me dijo: «no te mortifiques,
«que yo le envió mis avispas para que lo piquen»...*

H1 H2, cediendo ante sus párpados cansados, cerró sus ojos. Una fría brisa le dio en el rostro. –¿No te olvidas de algo?– preguntó [pícaro/coqueto/playfully] su marido, a lo que H1 respondió con un [contundente] beso en los labios. –Nunca me olvido– sonrió y acomodándose su boina se adentró en la niebla.

[metro]

Era una fría de agosto ...

[metro]

[la idea es alternar entre presente (tragedia metro) y pasado cercano (recorrido de casa hasta el metro)]

...

[H1 echa un último vistazo a la escena, escucha a lo lejos gritos desesperados y disparos], ... se sonrió al recordar ese tierno beso que dio aquella mañana y, cediendo ante sus párpados cansados, cerró sus ojos.